

LA VOCACIÓN MONÁSTICA Y EL AMBIENTE DEL PENSAMIENTO SEGLAR MODERNO⁵

¿Como es que después de 15 o 20 años de vida monástica, ciertas vocaciones fracasan, se pierden? Y no sólo de las que podrían llamarse “vocaciones pobres”, sino de las que según toda apariencia podrían clasificarse entre las buenas vocaciones? Esta constatación preocupa también a los Superiores, no sólo de nuestra Orden, sino de los de la mayoría de las congregaciones religiosas. Pero, limitándonos a nuestros asuntos domésticos, cabe preguntar: ¿en qué medida los problemas de nuestros novicios y de nuestros monjes de toda edad, resultan de un conflicto entre el pensamiento moderno y las ideas monásticas tradicionales? ¿Hasta qué punto ese choque inevitable es algo que no podemos entender, captar, y mucho menos resolver? Con toda evidencia nuestros novicios y monjes jóvenes son hombres de nuestro tiempo, o por lo menos “muchachos” de nuestro tiempo. Demos gracias a Dios. Este es un hecho irrevocable. Estaría muy mal que lo consideráramos como una desgracia. El pensamiento moderno está lejos de ser un mal irreparable. ¿Por qué, entonces habríamos de suponer que la única manera para un postulante de adaptarse a nuestra vida, es someterse a un total y despiadado proceso de desinfección, con el fin de quedar limpio de toda idea del siglo XX? Eso sería fatal y significaría la extinción de la vida monástica. Todo lo contrario. Es para nosotros un deber, tratar de entender cómo las ideas modernas pueden muy bien llegar a ser apropiadas y aceptables y aun provechosas, para los problemas monásticos.

La preocupación no consiste sólo en el hecho de que novicios y profesos jóvenes (y, a veces, no tan jóvenes) abandonen el monasterio y vuelvan a la vida secular en el mundo. Más bien lo que preocupa es darse cuenta de que algunos que habían impresionado como muy serios y bien dotados, que al principio se habían adaptado lo suficiente (al menos lo parecía), que después se han portado como buenos monjes, pasan por una crisis de vocación, (a veces después de 5, 10 o más años en el monasterio) y se van. En la mayoría de los casos no se trata de una impotencia para soportar las dificultades físicas de nuestra vida (que ahora no son tantas, a pesar y después de todo) sino más bien, de una incapacidad para resistir más tiempo cierto clima de pensamiento, ciertas actitudes que prevalecen en el monasterio. No se trata realmente de un fracaso en la fe, o de una verdadera crisis religiosa sino de una incapacidad psicológica para aceptar como auténtica la atmósfera de pensamiento en el que ellos creen que el monje tiene que vivir.

Muchas ambigüedades y malentendidos por ambas partes están implícitos aquí. Falta de comunicación. Necesidades verdaderas o ficticias que necesitan ser esclarecidas. Y hay que hacerlo en vista a entender y ayudar a los monjes jóvenes, y por supuesto, para juzgar de la vocación de los postulantes. Se necesita también renovar el pensamiento y el lenguaje con el que se les presenta el ideal monástico. No se trata de modernizar la vocación monástica de una manera torpe, sino más bien de enfocar sencillamente los valores reales, objetivos que permanecen latentes en la vida monástica, en su tradición, y que un hombre moderno puede legítimamente esperar encontrar allí. Sin duda, en ella se encuentran valores. Pero, pueden quedar ocultos por razón de la falta de atención y sensibilidad por parte de los que hasta ahora se sintieron satisfechos con fórmulas anticuadas y con conceptos que ahora es necesario profundizar y contemplar desde un punto de vista distinto.

Un planteo inadecuado del problema consiste en hacer hincapié en la confusión moral del mundo moderno, en los hogares rotos, la delincuencia juvenil, el alcoholismo, la

⁵ Traducido del inglés por un Monje Trapense del Monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles, Azul, Pcia de Bs. As. Argentina.

irresponsabilidad, los motines de la adolescencia, etc., etc... Pasaremos Por alto todos esos datos tan evidentes, porque no son sino sintomáticos y no la verdadera dificultad. No mencionemos sino dos aspectos esenciales de ese clima de pensamiento.

Como ya lo notaba el Doctor Alexis Carrel: el progreso tecnológico se ha desencadenado sin tomar seriamente en cuenta las necesidades reales del hombre, salvo, tal vez, como algo secundario. En otras palabras, el desarrollo de la tecnología no está realmente pensado en función de las necesidades humanas. Dice Carrel: “El ambiente que la ciencia y la tecnología han creado para el hombre, no le viene bien porque ha sido construido por casualidad, a la ventura, sin una verdadera consideración de su identidad auténtica. Además, a pesar de seguir rindiendo el homenaje de nuestros labios al antiguo mito que dice que todo lo que vale para el mercado es bueno para cada uno, a pesar de esto, y de hecho, la ofrenda de nuevos productos y la puesta en el mercado de comodidades, tienen muy poco o tal vez nada que ver con el bien real del hombre y sus verdaderas necesidades. El blanco, el fin que se propone no es el bien del hombre sino ganancias más elevadas. En vez de ser la producción para provecho del hombre, es el hombre quien se ha reducido a no existir sino para el desarrollo de la producción”.

Ahora sobresale como una característica de esa opulenta sociedad empeñada en el mercado, el engendrar al mismo tiempo esperanzas irrealistas y una corriente oculta de sospecha, de duda, aun de cinismo y desesperación. En la gran mayoría de los postulantes que se presentan, jóvenes todavía, esas dos fuerzas de choque tienen gran propensión a estar presentes, aun en los casos que presentan una gran simplicidad y buena voluntad, y a pesar de que la tendencia negativa (la duda) pueda ser reprimida casi por completo. Sin embargo pronto brota y se pone en evidencia.

Lo peor es lo siguiente: que en nuestra sociedad moderna, se espera que el hombre se venda a sí mismo, y, para venderse, se presente haciendo brillar (*flashing*) una imagen favorable de sí mismo, y dando altas esperanzas de su rendimiento. Eso también afecta la mentalidad de nuestros candidatos.

Sin embargo, se debe añadir que ellos son conscientes de todo eso, y más o menos todos vienen al monasterio con el propósito de escapar de ese sistema de valores falsos, y encontrar entre nosotros valores a la vez más honestos y más a la medida humana. Esa disposición se manifiesta de modo particular en una preocupación sincera por la simplicidad y pobreza monásticas, y por una completa honestidad en la observancia monástica. A veces tal preocupación puede manifestarse como neurótica o fanática. Pero en general parecería que procede del Espíritu Santo y es uno de los signos más auténticos de una verdadera vocación. Sin embargo, son precisamente los que tienen ese ideal quienes tienen también una propensión a crear problemas y descontento.

No cabe duda que la mayoría de nuestros postulantes están perfectamente al tanto de la confusión y desorden que reinan en el mundo. Y honestamente se proponen dejarlo todo tras de sí. Vienen con nosotros precisamente porque se enteran del caos de la vida afuera. Pero el problema surge cuando, después de algún tiempo, la clase de orden y de paz que encuentran en el monasterio es rechazada por ellos como insatisfactoria. ¿Por qué? Aquí tenemos que volvernos hacia atrás y escudriñar el ambiente (*background*) en el que se ha desarrollado el pensamiento moderno. Para ello, baste mencionar brevemente a los pensadores de los últimos ciento cincuenta años que han tenido una influencia decisiva en la estructuración, revolución de la mentalidad del hombre moderno en todas partes. Ahora encontramos al mundo en un estado de revolución y cambio caótico. Todos se hallan afectados por esas importantes corrientes de pensamiento aunque de hecho nunca lean a los pensadores mencionados o vean que sus propias ideas se pueden remontar en cierta medida hasta Darwin o Freud.

¿Quiénes son esos pensadores? Marx, Darwin, Kierkegaard, Nietzsche, y, más tarde, Freud, Jung, Adler y los demás. Lenin y Mao Tse Tung de preferencia a Stalin quien no era ningún pensador. El pensamiento de Mao Tse Tung todavía no ha llegado hasta nosotros, sin embargo

se encuentra en Latinoamérica en el estado de una semilla, v.g. Che Guevara. Después Sartre, Heidegger y los existencialistas, Bergson y también Dewey como fondo. Finalmente el tan discutido Teilhard de Chardin, proporcionando a los católicos mucho del pensamiento moderno, con Mounier y Gabriel Marcel y muchos otros.

En primer lugar no podemos reunir, presentar todo el pensamiento moderno en un solo conjunto y condenarlo en bloque como ateo, como un delirio insensato, etc... Sería fatal descartarlo todo como si fuera simplemente una propaganda revolucionaria incitando a todos los hombres para que rechacen la autoridad y la razón y se desenfrenen sin restricción.

La importancia de esos pensadores es que de una manera u otra, todos se han preocupado profundamente por los intereses del hombre moderno: sus necesidades particulares, sus esperanzas específicas, las posibilidades que tiene de alcanzar esas esperanzas, cuestiones todas que son muy legítimas a ojos de un Cristiano, puesto que se refieren al hombre y a su desarrollo más completo como persona, como individuo. Notemos bien que todos los Obispos norteamericanos que discutieron la libertad religiosa en la tercera sesión del Concilio y todos aceptaron francamente el punto de vista moderno sobre la dignidad de la persona y los derechos de la conciencia.

Los que han llegado al Monasterio antes de la segunda guerra mundial estuvieron, por comparación, poco afectados por todos esos pensadores. Los que han vivido después de la segunda guerra y han ingresado en el Monasterio hace poco, de modo especial los que estuvieron en los colegios secundarios (*American colleges*) recibieron una impresión mucho más fuerte, no tanto por parte de los mismos pensadores, sino por el clima general de Pensamiento en el que todas sus ideas fluctúan sin Identificarse. Una vez más, es inútil gritar simplemente que el ambiente está contaminado y tratar de sanearlo. Es imposible librarse por entero de todas las influencias de esos pensadores. Además, no hace falta hacerlo. Al contrario, tenemos que tener en cuenta el hecho, y tratar con generosidad de hacer buen uso de esas influencias en la medida en que pueden respaldar la causa de la verdad y de la vida monástica.

Tampoco podemos descuidar o pasar por alto el efecto tremendo que tuvo la visión de la ciencia moderna sobre el mundo. La vida monástica y la liturgia más especialmente, pertenecen al período del universo Ptolemaico, centrado sobre la tierra, con Dios ubicado en el cielo empíreo, tal vez no más distante de 100 millas encima de nosotros. El libro del Obispo anglicano "Honesto con Dios" discute de una manera más bien cándida el problema de "una religión que concibe a Dios como existiendo allí arriba". Sin embargo, no hay que dar más importancia a ese aspecto; el problema no es tan urgente en este momento, puesto que el universo de relatividad y unidades elementales de energías físicas no es lo que estorba a nuestros jóvenes monjes. Al contrario, lo encuentran como inspirador de un temor reverente, como todos deberíamos encontrarlo y reverenciarlo.

Más bien volvamos la mirada hacia los que moldearon la mente moderna en su filosofía y su pensamiento social ¿Qué tenían que decir? Pensamos en MARX simplemente como afirmando que el capitalismo debe ser abolido como opuesto a la propiedad privada y por consiguiente contra la ley natural. Pero una de las ideas que él ha investigado profundizándola es: la deshumanización del hombre en la sociedad industrial. El remedio que propone no es solamente la revolución, sino que el hombre debe ser dueño de los medios de producción que usa. No debe estar reducido al nivel de un objeto o de una máquina que cualquiera pueda utilizar. Debe conservar su dignidad de hombre. Debe permanecer dueño de los medios de producción y no hacerse su esclavo. Debe vivir entre las máquinas de tal modo que pueda adquirir y mantener su plena identidad humana y su responsabilidad hacia su compañero.

FREUD. Acostumbramos pensar de Freud como diciendo que las restricciones de la moral convencional son malas para el hombre porque le impiden llevar a cabo sus deseos sexuales. De hecho, no era eso lo que afirmaba. Freud lamentaba una situación social en la que el hombre no

alcanza a aprender a amar de una manera plena y madura, por el hecho de que sus pasiones permanecen en un estado puramente infantil, lo que le impide ser totalmente humano, absolutamente capaz de entregarse en el amor. Para Freud, el desenfreno sexual no es un bien en sí mismo. Al contrario, puede ser egoísta e infantil, y por lo tanto, una fuente patológica. En una palabra, puede verse que para Freud también se trata del hombre desarrollándose en el plano psicológico a la vez que en el plano biológico, de tal manera que su sexualidad esté al servicio de su plena identidad como persona, capaz de entregarse, y no sea una fuerza ciega que abrume y sofoque su identidad. Digámoslo de paso, la psicología profunda ha tenido, sin duda, un efecto revolucionario sobre el concepto moderno del hombre y la idea consecuentemente ética. No se puede mencionar, sino de paso también, la cuestión de saber si el análisis de grupo debería o no ser una práctica normal en los monasterios. El problema existe y tiene sus riesgos.

KIERKEGAARD. Junto con Nietzsche, y más tarde Sartre y Heidegger, a pesar de tratar la cuestión desde un ángulo distinto, nos dicen en sustancia que las elaboradas estructuras convencionales del pensamiento, del lenguaje, del culto, todas realizan exactamente lo opuesto de lo que pretendían cumplir al principio. En vez de llevar al hombre al contacto con la realidad, y de ayudarlo a ser verídico consigo mismo y son entre el hombre y la realidad como velos y engaños. Impiden que el hombre se enfrente con la angustia. Todos incitan al hombre a que deseche los impedimentos del pensamiento tradicional para enfrentarse consigo mismo directamente, para cargar con el peso de la angustia y de la casualidad, para enfrentarse con la tremenda realidad de la muerte, y para hacer uso de su libertad, no como uno que se encuentra atrapado por lo artificial de las convenciones sociales, sino más bien como uno que se ve a sí mismo con todas sus limitaciones, y, sin embargo, con su verdadera dignidad, su libertad, la capacidad que tiene para establecer su identidad personal y elegir el ser uno mismo.

DARWIN y TEILHARD de CHARDIN, se preocupan por el desarrollo del hombre hacia la realización de su verdadero destino histórico y biológico. Y Teilhard, haciendo una mezcla de Marx y Darwin con la cristiandad, anticipa la recapitulación de todos en Cristo, que es el fin hacia el cual el hombre ha sido destinado por Dios. Para Teilhard de Chardin, eso significa un Cristianismo que acepta al mundo, por completo, y reconoce su destino como una fuerza de redención completamente arraigada en el mundo. Por eso, su preocupación es la de la identidad de los Cristianos con una responsabilidad no sólo hacia el hombre, su hermano, sino también hacia la creación entera y hacia toda su historia pasada. En Teilhard, como en Marx, el hombre se encuentra en un punto en el que la perfección completa del mundo depende de su elección; una elección iluminada y verdaderamente libre. La visión es grandiosa y noble.

Todos estos pensadores, con todos sus distintos puntos de vista, con su optimismo por un lado, su pesimismo por otro; se ponen más o menos de acuerdo sobre un punto de partida básico: la necesidad para el hombre de alcanzar la madurez, hacia la cual se ha ido orientando el interés del hombre en una sociedad de tecnología y de masa, en la que, de hecho, no alcanza la madurez, sino que llega a inmovilizarse en el infantilismo y la irresponsabilidad, y en tercer lugar, la necesidad para el hombre de descubrir su identidad, y asumir sobre sí mismo una responsabilidad personal en su mundo y en la historia. Todos consideran al hombre como un ser dinámico, que cumple, realiza su destino, y no como una esencia estática, ya fija en una condición estable.

Ahora, no importa lo que pensemos de la manera en que se aplican y usan esas ideas; de hecho son básicamente cristianas. Todas brotan de la idea de la libertad en presencia de Dios, de la libertad de los Hijos de Dios, la dignidad del hombre redimido por Cristo y la vocación del hombre a realizar en armonía y amor la redención de todos en Cristo. Entonces esas ideas, características del mundo moderno, no deberían presentar ninguna dificultad particular para nosotros, aun a pesar de que algunas otras ideas de los pensadores mencionados puedan ser completamente falsas y engañosas.

¿Cuál es entonces el verdadero problema? El problema no consiste en que los muchachos vengán a nosotros y encuentren la vida fastidiosa e insípida, y se vayan para retornar allí donde

puedan disfrutar de la vida. No se trata simplemente de que se consideren encerrados y anulados o que rechacen cualquier forma de disciplina de modo que vuelvan al mundo para hallar todas las posibilidades de lograr el cumplimiento de sus deseos y de su propia voluntad. En modo alguno reside allí el problema.

Al contrario, suelen llegar con la seria preocupación de una cosa que domina todas las demás: dar a su vida un sentido humano y religioso. Puede hacerse una excepción con aquéllos, tan jóvenes e inexpertos, que no tienen al principio, ningún concepto de lo que están realizando. De modo que los que llegan al monasterio reconocen que la vida en el mundo tal cual se lleva hoy en día, tiene propensión a carecer completamente de sentido aún en el nivel humano. Entonces se orientan hacia el monasterio no solamente para salvar su alma en el mundo venidero, sino, más bien, para salvar su dignidad e integridad como seres humanos en la vida presente, para descubrir su verdadera identidad de suerte que puedan alcanzar a conocerse a sí mismos y a darse a Dios entera y madura mente.

Ahora bien, ello está en perfecto acuerdo con las enseñanzas de los Padres, especialmente de los primeros Cistercienses. San Bernardo establece claramente que la vida monástica, en primer lugar, restaura la naturaleza del hombre, la re-establece en su capacidad de conocer la verdad, de experimentar la verdad en nosotros mismos, de experimentar la verdad en nuestro trato normal, humano, con otras personas. De manera definitiva san Bernardo hace hincapié sobre el aspecto humano, natural de esta restauración, que debe anteceder la elevación sobrenatural del hombre. (Por supuesto que no utiliza la terminología tomista). Cuando hemos experimentado la verdad en nosotros y en los demás, entonces estamos preparados para la experiencia (mística) de la Verdad en Sí misma, es decir, en Dios,

Otros Cistercienses siguen la misma línea de pensamiento. Por ejemplo, Adam de Perseigne: la formación monástica es una “terapia” para las personas que en el mundo llevaron una vida desordenada y han perdido el equilibrio propio de su naturaleza. Y he aquí el problema.

Los muchachos vienen al monasterio en busca de la verdad sobre sí mismos, buscando tener la experiencia de sí mismos como seres humanos reales y auténticos. Vienen en busca de identidad y de una experiencia de identidad que el mundo les niega o deja frustrada..

Hay que notar que la crisis de identidad, es algo absolutamente normal en la adolescencia. En la Edad Media, por ejemplo, no suscitaba muchos problemas. La sociedad era homogénea y tenía los mismos criterios, a pesar de que no todos vivían en conformidad con ellos. Uno sabía en qué posición se encontraba. Hoy en día, se ha notado que la crisis de identidad es algo desordenado y anormal; porque en los norteamericanos, de modo especial en la juventud, es probable que la crisis sea muy complicada y prolongada a lo largo de los primeros años de la edad adulta, Y se encuentra mucha gente que nunca alcanza a encontrar un camino para salir de la crisis.

Tengamos también en cuenta que una manera característicamente americana de escapar del problema de la identidad es el conformismo. Es decir: quedarse con el rebaño, rehusar y huir la soledad. Ese puede plantear para nosotros un problema serio en la medida en que puede crear una atmósfera falsa de “comunidad” y “fraternidad” y adulterar nuestra vida cenobítica con una “yuxtaposición” (*togetherness*) insípida.

Podemos preguntarnos si nuestros esfuerzos tienden a hacernos más “comunitarios” para realizar algo más que una familia realmente genuina, o si no son sino nuevas maneras de ser intolerantes hacia la soledad y la identidad de la persona como individuo? Acaso no estemos simplemente tratando de sumergir al individuo y absorberlo e impedirle hallar una identidad que podría expresarse en una disidencia y en un deseo de mayor soledad?

Vamos a recibir personas que se encuentran en dos tipos de crisis de identidad:

1°. Aquellos cuyo problema de identidad no se resolvió en su adolescencia y en la práctica no se resolverá más, porque son demasiado neuróticos. No podemos hacer nada por ellos. Desgraciadamente, porque se muestran dóciles y obedientes, y a veces parecen bastante espirituales, muy a menudo, aún demasiadas veces, se los recibe y acepta en la comunidad con consecuencias desfavorables.

2°. Los que pasan por una crisis de identidad en el plano espiritual, si así puede decirse. Estos casos son de gente capaz de madurar espiritualmente. Tienen excelentes cualidades y no tienen más impedimentos que esa profunda duda de sí mismos y esa confusión interior que resulta del hecho, de que no se han experimentado a sí mismos, - como teniendo realmente una mente y una voluntad propia como siendo plenamente personas con convicciones verdaderamente personales, con una capacidad para amar, para darse a sí mismos, para entregarse a Dios.

Estos últimos tal vez sean algo neuróticos, pero puede ayudárselas a realizar un progreso satisfactorio. Son éstos los que nos ocupan en este momento. Vienen al Monasterio con la esperanza de encontrar en él un verdadero sentido para su vida humana. Llegan con algunas de las ideas críticas y algunas de las esperanzas sembradas por Marx, Freud y otros, en el ambiente de nuestro tiempo. Y tienen las exigencias y las expectativas que han sido oreadas por el pensamiento moderno. Por lo común no tienen los prejuicios no-cristianos o anticristianos del pensamiento seglar. Por eso deberíamos aceptarlos tal cual son, considerar sus necesidades como razonables y valederas. Deberíamos intentar hacer algo por ellos. Esos muchachos claramente modernos, se acercarán a nosotros trayendo preguntas y problemas modernos. Y esos interrogantes y dificultades serán como un reflector de crítica para ciertos aspectos de nuestra vida monástica.

¿Qué haremos ante esta realidad?

Ordinariamente, es en el momento en que descubrimos que hay una evidente crítica implícita en esos problemas, que encontramos dificultades con los jóvenes monjes. En primer lugar, en la misma medida en que sus problemas implican una crítica de la vida que llevamos (no podrían experimentar así el problema si no hubiesen experimentado la vida como inconveniente para ellos) nuestra tendencia es la de negar la existencia del problema, y aún la realidad de sus experiencias subjetivas.

Y en este punto debemos cuidarnos mucho de prodigar a nuestro alrededor la palabra “neurótico”, con una desaprensión infinita. Puede ser muy bien que el problema no sea en nada patológico. Al contrario, suele suceder muy a menudo, que el despertar del problema, después de unos cuantos años en el Monasterio sea el signo, la indicación de que se despierta la identidad. Es precisamente la realidad y la importancia de esa experiencia lo que debería atraer nuestra atención. Allí tenemos un signo de crecimiento. Por tanto una indicación de que el monje está procurando alcanzar una verdad, un bien que tiene que trocarse su bien propio.

Pero si rehusamos aceptar el problema como verdadero, si tratamos simplemente de rechazarlo o aún de poner en tela de juicio su sensatez o su sinceridad, inmediatamente lo agravaremos. Rehusar por nuestra parte el aceptar y escuchar el problema en todo lo que tiene de profundo, significa casi con seguridad, la partida del joven monje. Su salida será más bien falta nuestra que suya. Eso significa que casi tendría la obligación de irse para ser sincero consigo mismo.

Segundo: Enfrentamos ese despertar crítico como un principio de rebeldía que debe ahogarse con firmeza. Y para lograrlo, exigimos no el entendimiento, la comprensión, sino la sumisión incondicional. Lo que el monje espera de nosotros no es tanto una solución mágica y oficial para todos sus problemas, sino que reconozcamos su nueva identidad como persona que realiza esa experiencia, a propósito de la vida monástica, que ve la vida monástica bajo esa luz a la vez nueva y dificultosa. El monje espera de nosotros el esfuerzo para colaborar con él mientras él mismo trata de aclarar algo que todavía no es verdaderamente claro, ni para él, ni para nosotros

mismos ¿Y vamos a rehusarle ese reconocimiento y exigirle que abandone su verdadero problema?

En la medida en que un problema se presenta a nosotros como nuevo y complejo, además de implicar elementos con respecto a nosotros que tal vez no estamos dispuestos a enfrentar, exigimos, de hecho, que no exista precisamente ese tipo de problema. Y lo hacemos reduciendo el problema del candidato a algo más habitual, más familiar: orgullo, amor propio, búsqueda de sí mismo etc... Sin embargo, tal actitud nuestra es demasiado dura y tal vez pone en evidencia una pereza mental por nuestra parte.

Con todo, empezamos a darnos cuenta de la dificultad y a veces hacemos esfuerzos sinceros para entender, comprender el problema. Tratamos de dar respuesta a las objeciones del joven monje, pero por lo general, a un nivel en el que nuestra tentativa tiende a quedar desprovista de sentido. En la mayoría de los casos, lo que hacemos es encontrar al joven monje a medio camino de su crítica y tratar de elaborar un medio para cambiar el modo de vivir de manera que tenga más sentido.

He aquí el punto en el cual nos encontramos en el momento presente. Los cambios en la observancia, liturgia, horario, trabajo, y demás, son, por lo general, la respuesta animada de buena intención para resolver el problema, las dificultades del monje joven. Sin ser un profeta de desgracia tengo que decir que los cambios exteriores de nuestra vida no resolverán tal problema, mientras nuestra misma mentalidad no se profundice más, no se clarifique más y básicamente no se haga más auténticamente cristiana y monástica.

Ahora, he aquí un aspecto importante del problema. No se trata de una cuestión de fe o de doctrina. En la presentación de su problema el monje no busca una explicación ni siquiera teológica. Es decir, aun la explicación comprobada y verdadera de que tiene que abrazar su Cruz, no será precisamente lo que busca y necesita. Para él, cualquier explicación a nivel religioso le parecerá sin sentido e inadecuada mientras experimente en su propio corazón una duda existencial sobre el valor de la vida monástica en su caso personal. De aquí que tantos puedan fácilmente expresar cosas como la siguiente: “Qué provecho sacará de soportar todo ese sufrimiento, y todas esas cosas arduas (a mi parecer: luchando contra la aparente falta de sentido de esta vida) si al término lo encontraré tal vez sin valor?”. De un modo profundo se encuentran confrontados con lo que experimentan y lo sienten como el problema del sufrimiento inútil. Y la contestación que les damos, de la fe oscura o ciega, de creer lo que uno no puede ver, no llega a convencerlos cuando observan a algunos monjes que viven en el mismo ambiente.

¿Y qué encuentran? Con demasiada frecuencia ven a hombres que han abdicado de su identidad y realidad humana (de buena fe, por supuesto) y que llevan una vida sin autenticidad humana, simplemente pasiva, escapando la responsabilidad y empobrecida en el plano humano, a veces en un grado verdaderamente serio. Por ejemplo, encuentran a hombres que han vivido en el Monasterio durante años y cuya simplicidad no es la de la niñez espiritual, sino, para decirlo francamente, la de un infantilismo neurótico.

Ven a hombres que parecen obedecer, y que, de hecho, no son sino el producto de una vida de control exagerado (*over-control*). La idea que cada movimiento del monje, aún el mínimo, hasta sus más íntimos pensamientos, no son sobrenaturales y monásticos sino cuando se los somete a un control completo. Esta idea es lastimosa para un hombre moderno. Es un falso sobrenaturalismo. A tales personas no se les puede encargar la obra más simple, sin que esperen instrucciones y órdenes a cada paso. Les falta un juicio sano y aún sentido común. A menudo son excéntricos y su espiritualidad tiende a ser a la vez cándida y algo rara. Sin embargo, porque se mantienen en una actitud servil, se les alaba y recompensa. De hecho, lo vacío y lo inútil de su vida son un verdadero escándalo para el monje joven. ¡Cuántas veces escuchamos a un novicio o a un recién profeso decir: “Si me quedo en el Monasterio ¿me volveré como Padre Tal

o Hermano Cuál?”, o bien: “Si, para ser monje verdadero, tengo que ser como Fulano, ¿no me interesa!”. He aquí uno de los principales problemas de la juventud monástica de hoy.

Y digámosle de paso. Los monjes jóvenes, son entre sí un problema recíproco por la misma causa. Les que perciben su propia falta de identidad son de hecho muy rápidos para descubrir la misma falta en los demás. A menudo, los jóvenes se encuentran en una situación peor que la de los ancianos.

Por supuesto, cuando un hombre está a punto de decidir su salida del Monasterio, encuentra fácilmente toda clase de malos ejemplos que le convencen de que tiene razón. Puede tener la tendencia a pasar por alto a monjes verdaderamente maduros y bien equilibrados, serios y firmes que viven una vida monástica auténtica. Sin embargo, surge un nuevo problema: por motivos prácticos, los que son sólidos y maduros suelen encontrarse entre los oficiales o encargados de una obra de cierta importancia. Entonces los otros argumentan que, de hecho, uno necesita tener un oficio, un empleo, para llegar a ser maduro, y que por lo tanto, la actividad es la solución. Esa solución puede aún convertirse en una respuesta generalizada para el problema; y un Monasterio entero puede adherir a la idea de que todos los monjes aprovecharían si se les ofreciese una actividad mayor, más oportunidades para salir afuera, más contactos con los forasteros, o si se comprometieran en una tarea parroquial.

Además, he aquí otro punto de gran importancia; desgraciadamente no podemos hacer al respecto sino una alusión pasajera: se trata de la cuestión del sacerdocio monástico a la luz del problema de la identidad. Por razón de la formación de los postulantes y del papel importantísimo desempeñado por el sacerdote en las comunidades de inmigrantes a América, el ideal de “ser sacerdote” está profundamente arraigado en la sicología del americano, tanto del Norte como del Sur; y eso no sólo por razones religiosas, sino también por motivos sociales y personales. Con frecuencia la idea de llegar a ser sacerdote está unida a identificada con la misma idea de hacerse una persona cabal, de convertirse en alguien que valga en realidad, cuya vida tenga un sentido completo, pleno. Ese presupuesto que ha impregnado las mentes tiene mucho que ver con los conflictos psicológicos en nuestras comunidades, incluso con la cuestión de la posición relativa de nuestros hermanos y otras cuestiones, que se complican todavía más por razón de ese problema.

El tiempo no permite un desarrollo más amplio. Simplemente hemos planteado el problema. Ahora les toca a nuestras discusiones ofrecer, sugerir los varios medios de encarar el problema y remediarlo. A mi parecer, tendríamos que examinar, algunos de los caracteres distintivos de nuestra vida monástica liturgia, estudio, formación, silencio, clausura, conversión de costumbres, y de modo especial; el trabajo monástico, con el fin de enterarnos de que manera todo eso puede ser repensado de tal modo que responda al problema de la identidad y de la autenticidad.

Tal como se presentan las cosas ahora, puedo decir que entre las observancias que la mayoría de los monjes juzgan como artificiales e inauténticas están: el Capítulo de Culpas, que alcanza fácilmente el primer puesto. Toda la gama de los tratos personales, tratos alterados por el silencio, por los artificiales modales sociales, etc... El coro es el escenario de mucha despersonalización y angustia. Mucho disturbio resulta de los roces y de las nociones convencionales del ascetismo. El uso equivocado de ideas místicas superficiales puede hacer estragos en cierto tipo de personas que están sufriendo el vacío y la angustia de la despersonalización y la neurosis.

Como conclusión, quisiera sugerir un campo de acción en el que pueden esperarse buenos resultados; quiero indicar el trabajo monástico. Un trabajo que sea productivo, convenientemente organizado y que permanezca en contacto con la naturaleza, un trabajo que sea verdaderamente físico y manual, un trabajo afuera de la casa, un trabajo que se aprenda y realice convenientemente, que sea dirigido y enseñado en un nivel a la vez humano y monástico,

y que se cumpla no como una faena parecida a la de las fábricas, o las rutinas de una oficina. Tal cosa, tal observancia, puede hacer mucho para ayudar al joven monje a alcanzar su identidad y crecer en Cristo, enseñándole a aceptarse a sí mismo, a trabajar en armonía con los demás, a sentirse participante en plenitud de un mundo establecido por un Padre amante, un mundo en el cual su trabajo, quiero decir el trabajo del propio monje, tiene una calidad de redención y santificación por el hecho de estar unido a la labor, el trabajo y el sacrificio del Hijo de Dios que se dignó hacerse hombre.

*Abbey of Gethsemani
3642 Monks Road. Trappist
Kentucky. USA*